

mejor poesía española de los últimos años es la que se ha inclinado hacia los lenguajes del realismo y la poesía social, de una parte, y, de otra parte, la excusa de que la «postmodernidad» lo legitima todo, incluida la mala poesía. De lo primero algo se ha dicho ya; respecto a lo segundo, no hará falta insistir en que la postmodernidad no puede ni debe legitimar nada. «Esta antología —escribe Cano Ballesta— quiere recoger en sus páginas a los poetas más notables que han ido surgiendo en las letras españolas en los últimos cuatro lustros y que han alcanzado un cierto grado de madurez y reconocimiento en el mundo de las letras». La intención no sólo no se cumple sino que, a nuestro juicio, tergiversa seriamente el panorama de la poesía española última.

El antólogo —que, significativamente, no ha publicado hasta la fecha otro trabajo sobre el período literario aquí abarcado (1980-2000) que un breve artículo sobre la *poesía de la experiencia*— demuestra no conocer nuestra poesía última. Procedé aquí del modo menos adecuado desde el punto de vista crítico: hace una antología de antologías. Si se piensa en lo que arriba se ha señalado sobre el «género» antológico en España desde los días de Castellet, el resultado ya puede imaginarse. Cano Ballesta decide reproducir todos los tópicos que se han ido reiterando de antología en

antología —y son ya abundantes— de lírica española reciente. Las etiquetas le impiden no sólo razonar críticamente, sino enjuiciar estéticamente. Veamos unos pocos ejemplos. ¿Puede afirmarse hoy por hoy que los novísimos representaron «una revolución formal y estética» en la poesía española? ¿Frente a qué: frente a libros como *Alianza y condena*, de Claudio Rodríguez, *Moralidades*, de Jaime Gil de Biedma, o *El inocente*, de José Ángel Valente? La afirmación es insostenible. Siguiendo este mismo punto, ¿dónde reside la «ruptura» que los nuevos autores logran con respecto a los llamados *novísimos* y poetas sociales? No acaba de verse, desde luego, el «vigor renovador» y la «calidad» de buena parte de estos poetas. La *poesía de la experiencia* —la única que parece interesar al antólogo— representa más bien una reedición descorazonadora de los modos de poesía realista y social. No hay ninguna ruptura en la poesía española, en sentido estricto, desde las vanguardias. Y hoy vemos con claridad que, como ha señalado el crítico norteamericano J. Mayhew (con quien Cano Ballesta no puede sino estar en desacuerdo), los poetas «neorrealistas» se distinguen no por su carácter renovador sino, precisamente, por su conservadurismo estético.

Que Cano Ballesta opera no con un conocimiento real del panorama de la poesía de los últimos años

sino reproduciendo tópicos de antologías previas que le han facilitado el trabajo, lo demuestra el que ignore sectores muy amplios de escritura no-realista que han dado libros notables en los «últimos cuatro lustros» en España. No se trata ya, por otra parte, solamente de autores, sino de grupos más o menos definidos. Ninguna referencia, en efecto, a grupos como el vallisoletano de *Un ángel más-El signo del gorrión*, al valenciano de *Alicia bajo cero*, al canario de *Paradiso*, al asturiano de *Solaria*. Si se trata de poetas, no deja de asombrar al lector que no cuenten para el antólogo nombres como Andrés Sánchez Robayna, César Antonio Molina, Olvido García Valdés, Juan Malpartida, Antonio Méndez Rubio, Jordi Doce, Rafael-José Díaz, Melchor López, Ángel Campos Pámpano, Esperanza Ortega... El denominador común de todos estos nombres es —no hace falta decirlo— su clara oposición a la «hegemonía» realista. Y si es verdad que hay en estas páginas más de un poeta de mérito que no milita en el realismo (Justo Navarro, Jorge Riechmann, Vicente Valero), su inclusión parece deberse a una operación de maquillaje que evite posibles acusaciones de tendenciosidad. Pero nadie, aquí, puede llamarse a engaño.

Si no debe valorarse una antología (se ha dicho) por los autores que faltan, sino por la calidad de las decisiones en cuanto a los autores

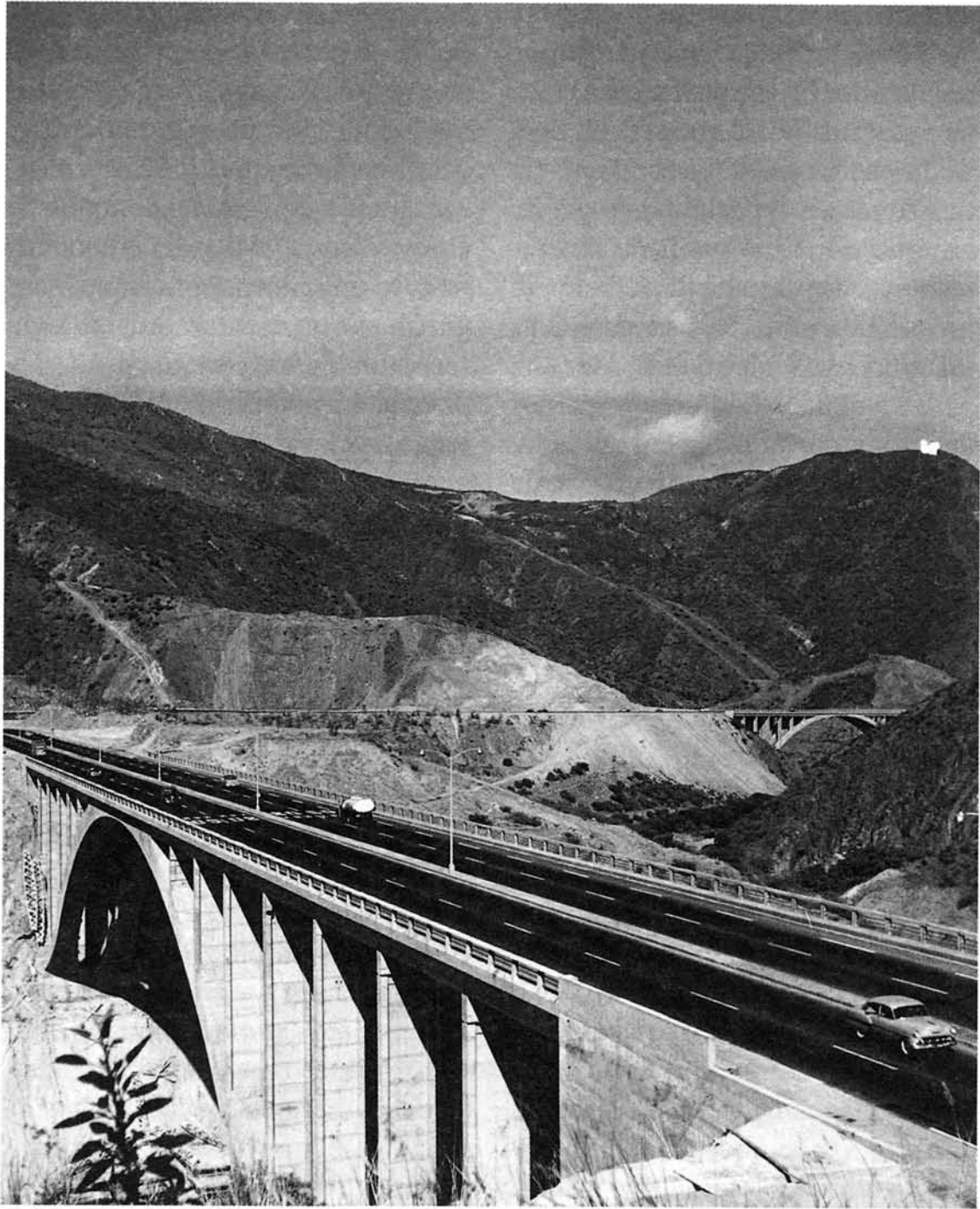
incluidos, entonces no queda más remedio que expresar un juicio aún más drástico: ¿cree de veras Cano Ballesta que los pastiches de Andrés González Blanco por parte de Andrés Trapiello representan alguna «renovación»? ¿Cabe ver en la propensión de Jon Juaristi al chiste chocarrero una «original voz lírica»? ¿Es que hay algo más en los versos de Ana Rossetti que retóricos guiños al lector sobre vulgaridades eróticas? Cano Ballesta no justifica, no puede justificar, ciertos calificativos («original», «notable», etc.) regalados con generosidad. No es posible, por otra parte, tomar en serio a un crítico que elogia a un poeta (Leopoldo Alas) hablando de su «gesto pasota». Todavía, sin embargo, nos queda un punto por aclarar: los límites cronológicos y editoriales que la antología se autoimpone (no incluir ningún autor nacido con anterioridad a 1950, y tampoco ningún autor que ya estuviera presente o perteneciera a la «fase» cubierta por la antología anterior de la misma editorial, la aludida *Joven poesía española*) lleva a una curiosa situación, que es pensar que ningún autor nacido antes de 1950 ha podido darse a conocer a partir de 1980, lo cual representa una actitud acrítica y del todo inaceptable; de hecho, hay cuando menos, a nuestro juicio, un poeta notable, Juan Antonio Masoliver (1939), que se encuentra justamente en ese caso.

La crítica de la poesía en nuestro medio sigue padeciendo hoy por hoy una ineficacia y una casi sistemática falibilidad que, en el caso de las antologías, ha conducido a una situación especialmente grave. La que aquí ha reseñado brevemente acusa un doble defecto: la escasa calidad de sus razonamientos y de sus elecciones, de una parte, y el haber sido realizada por un crítico muy ajeno a la realidad y al conocimiento de su objeto de estudio¹. Que esta clase de antologías se encargue —como sucedió

con la anterior, *Joven poesía española*— a personas que sólo se ocupan de poesía española de los últimos años no para estudiarla y comprenderla, sino para antologizarla, sin haber trabajado antes de ella y sin que vuelvan a ella nunca más, es una característica que inauguró, curiosamente, la antología (las antologías) de Castellet. La poesía española merece, desde luego, mejor trato.

Francisco León

¹ *Cano Ballesta no ignora sólo la poesía del período que examina (1980-2000), sino también la correspondiente —según su criterio— a la «fase» anterior: entre otros errores, atribuye un libro de Andrés Sánchez Robayna (La roca, 1984, Premio de la Crítica) a Jaime Siles (p. 33).*



Autopista Caracas-La Guaira.